SAETAS DE VERDAD

El Camino a la Vida

Por Don Walker

7 de Febrero, 2005

"*El que halle su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.*" (Mateo 10:39)

El egoísmo es la enfermedad epidémica de nuestro tiempo. Aquellos que sufren de esta enfermedad no saben lo destructiva que es. Se nos enseña de manera sistemática desde nuestros días iniciales a "buscar ser el número uno," a "mimarnos a nosotros mismos," y a "alentar la auto-realización, la auto-conciencia y la auto-estima." Hemos convertido un supremo vicio en una suprema virtud. Como resultado nos hemos convertido en personas absortas en nosotros mismos, interesados solamente en nosotros y orientados al consumo. También hemos llegado a ser supremamente infelices y frustrados. Como ha señalado el psicólogo Paul Kellerman, esto es precisamente porque "El único camino a la felicidad y a la realización genuina es por medio del servicio a otros. Es solo a medida que nos damos a nosotros mismos que podemos descubrirnos verdaderamente a nosotros mismos."

Mientras que en tiempos pasados el concepto motivador que moldeaba nuestra sociedad era la "fe en Dios," ahora es "fe en ti mismo." El culto moderno al *yo* nos instiga a "encontrarnos a nosotros mismos" volviéndonos hacia adentro. Nos atrae a "satisfacernos a nosotros mismos siendo honestos con nosotros mismos." El hombre moderno asume erróneamente que todas sus debilidades personales son resultado de su falta de "amor a sí mismo," y en realidad nada podría estar más lejos de la verdad. Se le ha lavado el cerebro para que crea que la raíz de toda la dicha es la "auto-estima." Pero uno de los principios más básicos de la sociología es que la satisfacción, el sentido de propósito, el contentamiento y el éxito se hallan todos directamente relacionados con el servicio desinteresado. En otras palabras, la autoridad, en última instancia, se decide por el siervo y no por el tirano. Este concepto básico del desarrollo social es entendido muy bien por los administradores de muchas de nuestras instituciones contemporáneas de servicio social. Ellos reconocen que cualquiera que sea la agencia que sirva a las necesidades de la gente en última instancia ganará la lealtad de esa gente. De modo que sirven. Y, como resultado de la ayuda social que brindan a otros, ganan más y más autoridad. Como tanto le gusta decir a mi querido amigo Dennis Peacocke, "El que sirve, dirige." Desdichadamente, muchos creyentes aparentemente han pasado por alto esta verdad.

Note lo que Jesús les enseñó a Sus discípulos, "Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que dirige, como el que sirve, pues, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pero yo estoy entre vosotros como el que sirve. Y vosotros sois los que

habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un Reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel." (Lucas 22:25-30)

El culto al *yo* es contradicho por la totalidad de la historia. Las grandes lecciones de la historia invariablemente son contadas a través de las vidas y obra de hombres y mujeres colocaron los intereses antes que los propios, que pusieron la seguridad de otros antes que la propia, y que pusieron la felicidad de otros antes que la propia. Compare las historias de la vida de hombres como William Wallace, George Washington, Patrick Henry, Booker T. Washington, Teddy Roosevelt, y Winston Churchill con nuestra moderna obsesión moderna con el *yo*. El contraste es inmediato y enorme. Los héroes del pasado siempre fueron aquellos que resistieron la tentación del egoísmo. Pelearon por la justicia, cuidaron a los necesitados, trabajaron por la misericordia, alimentaron a los hambrientos y rescataron a los que perecían. Sus logros más grandes fueron siempre resultado de su comprensión de que el servicio era, en última instancia, la clave del significado y del éxito.

Hay un principio axiomático de la vida que revela que si una persona o cosa no abandona su independencia y derecho a existir como un "agente libre," nunca cumplirá el propósito para el cual fue creado. El matrimonio es un ejemplo de esta verdad. Fue el propósito y el diseño del Creador que en el matrimonio dos individuos llegasen a ser una sola unidad. "Estos dos llegarán a ser una sola carne" (Gén. 2:24). Esto no significa que la mujer pierde su identidad, y que llega a ser una mera "sombra" del hombre. Pero sí quiere decir que a ambos se les requiere perder su independencia con el propósito de alcanzar la plenitud y el gozo que Dios propuso para el matrimonio. Cada individuo debe estar dispuesto a abandonar el "yo" por causa del matrimonio.

Nuestra sociedad está viendo como el propósito y el gozo del matrimonio están siendo drenados debido a que los individuos han llegado a estar cada vez más preocupados con la auto-realización. En tanto que los participantes del matrimonio pongan su auto-realización como en foco central de su relación, permanecen como individuos separados y se pierde la "vida" del matrimonio.

El principio también es evidente en la biología. Por ejemplo, una célula viva en un organismo, tal como el cuerpo humano, no está diseñada para funcionar por sí misma. Cada célula fue creada para funcionar sirviendo a las otras células en el organismo. En ocasiones una célula se saldrá de su lugar apropiado y comenzará a actuar de manera independiente. Cuando esto ocurre la célula se ha convertido en una célula cancerosa y debe ser destruida para que la vida del cuerpo pueda continuar.

El mundo de la física nos provee de otro ejemplo. Las tres partículas subatómicas – protones, neutrones y electrones – son inútiles si existen de manera independiente. Sin embargo, pueden perder su independencia y unirse con otras partículas para formar los elementos que componen nuestro universo. Junto con otros átomos forman un número casi infinito de compuestos que no tienen semejanza con la identidad de los elementos originales.

Platón, casi trescientos años antes de Cristo, entendió este principio y su relación con el

orden social. En referencia a una sociedad que había demandado la independencia de lo individual en detrimento de la totalidad, escribió, “Se preocupan a la menor pista de servidumbre, y no la tendrán; pues al menos, usted sabe, no se preocupan para nada por las leyes escritas o no escritas, que ninguno puede ser su maestro en nada. Este, entonces, es el principio del cual surge la tiranía.” [*Grandes Diálogos de Platón*, New York: The American Library, 1956, pág. 362.] Cuando un pueblo está consumido por la independencia y la auto-realización se hallan en el camino de la pérdida de la libertad.

En la economía de Dios uno solamente encontrará frustración y vacío cuando busca servirse y satisfacerse a sí mismo. Por otro lado, la verdadera realización y el gozo son nuestros si abandonamos la búsqueda de la auto-realización, y perdemos nuestra vida en el Reino de Dios. Jesús lo declaró de esta manera, “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mat. 16:25). Este principio de vida no podría ser declarado de manera más simple.